

Tendencias recientes de la investigación sobre la Historia de Iberoamérica

Ivonne Suárez Pinzón
Historiadora y archivera, doctora en Estudios
Ibéricos e Iberoamericanos
Universidad Industrial de Santander

RESUMEN

A lo largo de estas páginas hemos tratado de señalar algunos elementos característicos de la investigación histórica de Iberoamérica. Hemos indicado igualmente algunas particularidades que marcan el desarrollo de las líneas de investigación existentes. Sin definir qué entendemos por Latinoamérica y/o Iberoamérica, sin una plural y más objetiva delimitación del objeto de estudio de los historiadores, ¿cómo podemos avanzar entonces el debate de conjunto sobre su historiografía?

Entre los problemas planteados queremos enfatizar la tendencia a la especialización y fragmentación que sobresale en esa mirada de conjunto sobre la actual Historiografía latinoamericana. A nuestro modo de ver, existen por lo menos dos caminos o tendencias posibles de evolución de esta panorámica. En los párrafos siguientes se abordan estos asuntos, bajo una mirada novedosa.

Palabras clave: Iberoamérica, Historia, Historiografía Latinoamérica.

In the course of these pages we have tried to draw some characteristic elements of the historical research of Latin America. We have also indicated some peculiarities that mark the development of the lines of existing research. Without defining what we mean by Latin America and/or Latin America, without a plural and more objective delimitation of the object of study by the historians, how can we move then the debate on its historiography?

Among the problems we wish to emphasize the tendency toward specialization and fragmentation that stands out in the look of whole on the current Historiography Latin-Americans. In our view, there are at least two roads or possible trends of evolution of this overview. In the following paragraphs address these issues, under a gaze toward innovation.

Keywords: Latin America, History, Historiography Latin America.

Tout au long de ces pages nous avons traité de signaler certains éléments caractéristiques de la recherche historique ibéro-américains. Nous avons indiqué également certaines particularités qui marquent le développement des lignes de recherche existants. Sans définir quelle nous comprenons par Amérique latine et/ou ibéro-américains, sans une pluriel et plus objective délimitation de l'objet

d'étude des historiens, comment pouvons-nous progresser alors le débat d'ensemble sur sa historiographie?

Parmi les problèmes posés nous voulons souligner la tendance à la spécialisation et la fragmentation soulignent dans ce regard d'ensemble sur l'actuelle Historiographie latino-américaine. À notre avis, il existe au moins deux routes ou tendances possibles d'évolution de cette vue d'ensemble. Dans les paragraphes suivants abordent ces questions, sous un regard novatrice.

Mots clés: ibéro-américains, l'histoire, Historiographie Amérique latine.

Un tema que en los últimos años ha acaparado la atención de sociólogos, filósofos, antropólogos, historiadores y literatos es el de la identidad latinoamericana, la cual ha sido el centro de muchas discusiones, encuentros y desencuentros en el campo de las ideas. Entre otras cosas, estos debates tratan de analizar el grado de pertinencia y los límites de la noción misma de Latinoamérica o Iberoamérica. Sin embargo, creemos que, de hecho, la vastedad y variedad histórica, geográfica, cultural y geopolítica del espacio iberoamericano, dificulta una definición, que quizás tampoco sea conveniente en su sentido más estrecho y formal. Además de reconocer las limitaciones propias de toda definición convencional, creemos estéril para el objeto que nos ocupa, el enredarnos aquí en una discusión sobre una noción que hace referencia a algo tan diverso en su unidad y que si bien indispensable, no tiene aún respuesta unívoca. Para delimitar de alguna manera el territorio latinoamericano objeto de las investigaciones a las cuales haremos referencia, nos basta con remitir al lector al excelente trabajo de Braudel (1991) que apunta a responder a la pregunta sobre si existe una América Latina. Evitamos así introducimos en una fórmula "mágica" o feliz, que pretenda aclararlo todo. Consideramos además, que el hecho del reconocimiento del "mundo" Iberoamericano como objeto de estudio elegido por investigadores americanos, europeos y asiáticos – en aquello que conocemos –, representa en sí mismo un elemento definitorio del espacio de análisis y una afirmación de la eficacia científica de su empleo.

Por otra parte y en relación con lo anterior, creemos que ser historiador de Iberoamérica es imposible. La particularidad de estudios referidos a temáticas y países o regiones es igualmente infinita y no permite declararse investigador de su globalidad. Así mismo, tratar de resumir en su conjunto todas las tendencias de investigación sobre este conglomerado puede ser una tarea un tanto desmedida, con escasas posibilidades de éxito. Es por este conjunto de razones que, hoy por hoy, los latinoamericanistas son, antes que nada, historiadores de una región o de una temática específica dentro de una región particular. Ello permite un verdadero conocimiento de las problemáticas referidas a estos objetos de investigación y un trabajo minucioso y más profesional de acercamiento a las fuentes de información.

Sin que pretendamos ensalzar aquí la estrechez de visión, la fragmentación y el riesgo evidente de caer en posiciones chauvinistas de defensa de espacios geográficos o académicos cerrados, sí señalamos que actualmente existe una marcada tendencia a la especialización investigativa. La mayoría de los trabajos que intentan ejercicios de síntesis son producidos en el marco de la enseñanza o información general sobre el mundo iberoamericano y suelen presentarse en forma de libros de texto o reseñas turísticas. Estas son desde luego bien diferentes de algunos trabajos de síntesis un tanto aislados como los realizados por A. Knight (1986) y J. M. Hart (1987).

Sin embargo, no todo es dispersión en el panorama. Las editoriales trabajan sin descanso en la difusión de nuevos resultados. Por suerte, los archivos y las bibliotecas se organizan y sistematizan creando útiles de investigación cada vez más precisos y orientando nuestras investigaciones con recursos interinstitucionales. Las ya generalizadas vías informáticas amplían aún más nuestro manejo de bancos de datos. Las nuevas redes nos brindan el acceso a una información venida de todos los rincones del mundo, permitiéndonos ampliar el campo de acción de nuestra comunidad científica en un sentido multiespacial, multilingüístico y multicultural, y cambiando nuestros ritmos temporales. Estas redes nos ponen al tanto de los eventos que a diario dibujan la coyuntura política, económica, sociocultural y ambiental, los cuales deberán también ser objeto de nuestro análisis histórico, historiográfico y epistemológico. Ellas nos informan sobre la publicación de nuevos trabajos especializados, las convocatorias lanzadas por las editoriales de revistas temáticas y la realización de eventos de difusión y debate tales como coloquios, congresos, seminarios, semanas culturales, ciclos de cine, etcétera, creando a la vez una verdadera historiografía digital. Además, algunos generadores de actualidad, como Carlos Barros con su red *Historia a Debate*, han creado comunidades globales-virtuales de historiadores, abriendo brechas innovadoras que hoy nos permiten participar “en vivo y en directo” en la discusión sobre problemas temáticos y epistemológicos, humanizando la tecnología, ayudándonos a dibujar un panorama más global de nuestra disciplina y permitiéndonos avanzar en la reflexión analítica sobre sus metas inmediatas, su compromiso y sus paradigmas. Estos caminos, aunados a la labor constante de intercambio interdisciplinar que se vive en los cada vez más abundantes y calificados centros de investigación y en las universidades encargadas de la profesionalización de los futuros investigadores, constituyen para mí un rico manantial de recursos informativos, del cual manan las fuentes de este enfoque analítico.

La Historia de Iberoamérica ante el paradigma del siglo XXI

En 2001, en su *Defensa e ilustración del Manifiesto historiográfico de Historia a Debate*, que recogía 18 proposiciones científicas sobre metodología, historiografía, teoría de la historia y relación de los historiadores con su época, pensadas para desafiar la “crisis de la historia”, Carlos Barros planteaba en la Universidad de Santiago de Compostela que el objeto de su propuesta era – y creo que sigue siéndolo – el “llamamiento colectivo a una re-nueva escritura de la historia adecuada a los problemas que el siglo que nace está planteando a la historiografía, y a la historia misma”.

A mi modo de ver, eso que él llama “crisis de la historia”, tiene un doble pero relacionado sentido: crisis del mundo de hoy, caracterizado por la expansión de la política neoliberal y una inacabada globalización que paso a paso desmiente el “fin de la historia” proclamado por Francis Fukuyama (1992), pero que ha aumentado y generalizado las desigualdades y todas las formas de exclusión; y por otro lado, crisis de los paradigmas de escritura de la historia, marcada entre otras cosas por el derrumbe de las teorías que enfrentaban al capitalismo y sustentaban al mal llamado mundo socialista. Buscando explicar los factores de crisis de la Historia, señala Barros que, en una coyuntura histórica favorable, “fueron sus excesos (v.g. objetivismo, determinismo, economicismo), errores (v. g. la vieja e “idealista” historia total) e incapacidades ante las innovaciones (v.g. historia oral, historia ecológica, historia de las mujeres, historia inmediata, historia digital), lo cual, junto a la falta de beligerancia crítica-autocrítica de los nuevos historiadores conforme alcanzan el poder académico, facilitó el retorno de la aparentemente vencida “historia historizante” (Barros, 2001). Como lo han mostrado los balances sobre la aplicación que hicieron los historiadores de ciertas propuestas historiográficas como la de los *Annales*, la del estructuralismo y la cuantitativa o serial, la crisis fue además producto de un objetivismo definido por la incapacidad de ofrecer una visión articulada de la relación entre objetividad científica y subjetividad en la Historia. Ello, porque finalmente, la propuesta de

Bloch y Febvre para la salida del dilema sempiterno consistente en unir lo objetivo con lo subjetivo en una "historia total" no ha llegado aún a concretar una verdadera línea de investigación en la práctica empírica, sin que esto implique que por ello debemos abandonar dicho paradigma o retornar al maquiavélico simplismo de recuperar el pasado rankeano "tal como fue".

El declive de las escuelas e ideologías historiográficas que en gran parte del siglo XX, llamado quizás en razón de su sectarismo "siglo de los extremos", dominaron la Historia como disciplina, ha generado confusión, dudas e incertidumbre, y está facilitando como reacción la idea según la cual, en la presente "hiper-posmodernidad" historiográfica sería posible validar un cierto eclecticismo. Éste, ante la carencia de nuevos paradigmas, niega dogmáticamente la objetividad y la cientificidad de la disciplina, valida enfoques empiristas y abre las puertas a ciertas líneas teóricas de retorno al positivismo decimonónico de origen alemán de Ranke, y a Langlois, Seignobos o Menéndez Pidal. Este "retorno a Ranke" implica el resurgimiento del objetivismo de origen teológico planteado en su *Historia alemana en tiempo de la Reforma* y que publicó W. Roces en *Grandes figuras de la historia*, pero también la vuelta a la "historia de los grandes hombres", sustentada por Ranke en el prólogo de *Historia de Wallenstein*, en el enunciado que afirma que <http://www.google.fr/search?q=cache:2gy9suNLAfUJ:www.ub.es/histodidactica/historia/> - 14 "los acontecimientos se desarrollan por la acción combinada de la energía individual y las condiciones del mundo objetivo". Con este "retorno", que supone superar el objetivismo, el determinismo y el economicismo, resurge como temática central de la Historia la biografía, se afecta el uso de las fuentes hacia la erudición bibliográfica y las monografías y, se validan el objetivismo, el academicismo, el empirismo, la superespecialización y la reincorporación de la disciplina al campo de la Literatura y, con ella, el abandono de la formación profesional científica y el compromiso social de los historiadores.

Es cierto que la "crisis de la historia" abre caminos de "retorno-distorsión", pero es también innegable que ella ha dado paso a una descentralización históricamente inédita, impulsada por la globalización de la información y del saber académico y que tiende líneas de superación de la antigua supremacía académica centrada en Europa. Ella, con análisis desarrollados en un ámbito global-mundial, ha permitido igualmente la transformación del debate sobre el fin de la historia, en una reflexión sobre los fines de la historia. Así pues, contra las viejas y supuestamente derrotadas historiografías marxista y annalista, contra los recientes ataques de parte del posmodernismo y narrativismo, abundamos hoy en postulados de un debate que se presenta a la vez como factor de unidad y de cambio.

Aceptando aquí todos los riesgos implícitos en la enunciación "al vuelo" de propuestas y postulados de debate complejos y no totalmente resueltos y, siguiendo los textos de C. Barros (2000; 2002), podríamos resumir así las nuevas formulaciones que, para su "reconstrucción paradigmática", se ofrecen hoy a la práctica empírica del historiador: Tendencia a una escritura de la historia de los acontecimientos y procesos actuales, es decir, a una "Historia inmediata"; "Multiculturalismo historiográfico", es decir, colaboración, intercambio e interacción - en condiciones de igualdad - entre las diferentes historiografías nacionales; Compromiso social y colectivo del historiador; Actualización científica del campo disciplinar de la Historia gracias al empleo de conceptos reformulados, porque hoy sabemos que "la historia y la historiografía no serán realmente nuevas si no actualizamos los conceptos de historia como ciencia y de historia de la ciencia (histórica) integrando objetividad y subjetividad"; Consideración de la Historia como "ciencia con sujeto", posibilitando una historia más global y una "historia de la historiografía" que "tenga por objeto las comunidades de historiadores como instancia decisiva del proceso de conocimiento histórico"; Innovación metodológica e historiográfica mixta social y mental que combine líneas de investigación, temas, fuentes y enfoques dependiendo del análisis de cada caso histórico concreto; Exigencia constante de rigor de método científico y de recurso honesto a la información, pero haciendo girar la nueva síntesis historiador-fuentes sobre el historiador, entendido

éste comunitariamente; Ampliación de la interdisciplinaridad de la historia y desde la historia, a las ciencias naturales y a la filosofía de la ciencia, especialmente a la epistemología de la física, y a las otras ciencias “duras”, reconociendo y respetando las aportaciones, la autonomía y la autoridad de cada disciplina; Manifiestos signos de recuperación de algunas corrientes de pensamiento como el marxismo, que encuentran su lugar en los recientes movimientos sociales contra la globalización neoliberalista; Tendencia a la superación del espíritu de especialidad y de los corporativismos y a su reemplazo por un espíritu más común y mundial, multilingüe y multicultural; Compromiso historiográfico más libre, autónomo y profesional, que reivindique la historia como disciplina académica, social y científicamente necesaria. Para terminar este no tan “fatídico” enunciado, recordemos que según la corriente de *Historia a Debate*, existen tres maneras entrelazadas pero distintas de hacer historiografía, a saber: “I) estudio cronológico y temático de autores y obras (enfoque positivista); II) estudio evolutivo de tendencias (enfoque correspondiente a la nueva historia); III) estudio del cambio paradigmático en el conjunto de la comunidad de historiadores (enfoque del nuevo paradigma). En nuestra opinión la *nueva historiografía* (paso III) ha de integrar el análisis de tendencias (paso II) y el análisis de individualidades y sus “grandes obras” (paso I), incluyendo en consecuencia el estudio de los paradigmas singulares de los “grandes historiadores” y las “grandes escuelas” en los paradigmas comunes y plurales que definen la evolución pasada, presente y futura, de la disciplina de la historia. Diríamos incluso que más que hacer hincapié en aquello que diferencia a los historiadores y sus tendencias entre sí, es menester estudiar lo que comparten, o pueden compartir”.

En relación con lo hasta aquí enunciado y, retomando nuestra preocupación por el quehacer investigativo sobre Iberoamérica, destacamos que, como es bien sabido, en América Latina a falta de una tradición propia de escuelas historiográficas, éstas se suelen importar, de manera un tanto acrítica, adecuándolas unas veces y radicalizándolas las más de las veces. Así ocurrió con la *Escuela de los Annales* venida de Francia, con el marxismo historiográfico de Gran Bretaña, con el estructuralismo o, con el neopositivismo cuantitativista o serial estadounidense, que nutrieron la historiografía iberoamericana con sus avances metodológicos e historiográficos. Aunque algunos investigadores sigan aferrados a estas herencias, sin reconocer los dilemas actuales de la disciplina, la mayoría de ellos admiten que la situación de hoy es bien diferente y menos clara. Después de un paso acelerado por las teorías de Francis Fukuyama y por el esquema interpretativo del “choque de las civilizaciones” de Samuel P. Huntington (1997), entramos en una especie de vacío. Éste, en concordancia con la crisis mundial de paradigmas historiográficos y un acelerado cambio histórico que va desde la caída del Muro de Berlín hasta la caída de las Torres Gemelas, no nos permite ahora nuevas y simples importaciones. Por el contrario, nos obliga a trabajar y cuestionarnos nosotros mismos y a nuestra manera, lo cual no quiere decir, de forma aislada del contexto universal. Las particularidades metodológicas y temáticas del desarrollo de la investigación de Iberoamérica, que trataremos más adelante, muestran cómo se está concretando en la práctica este nuevo camino.

Las grandes líneas de investigación

En razón de su inserción e integración en el espacio mundial, la Historia de Iberoamérica y su escritura están hoy en el centro de las preocupaciones de las ciencias humanas y sociales, los media, las instituciones y la sociedad. Pero ellas están también marcadas por la “crisis de la historia”, en los dos sentidos que hemos indicado anteriormente. Sin embargo, la primera constatación que se presenta ante nuestro sentido crítico es que los investigadores inmersos en este mundo analítico muestran, entre otras cosas, un marcado interés por aportar reflexiones que, a muchos niveles, comiencen a crear conductos - o tramas - de salida del malestar actual.

Como reflejo de la situación de crisis y dispersión de la disciplina, la investigación sobre Iberoamérica está marcada por la heterogeneidad temática, metodológica y epistemológica. A esta situación se agrega la diversidad intrínseca del espacio latinoamericano y la coexistencia de investigadores de diversidad de universidades, escuelas, disciplinas y países, quienes con criterios e intereses variados, ejercen el oficio de Clío. Felizmente, hoy por hoy tales centros mantienen constantes lazos y manifiestan intereses comunes y menos competitivos. Podemos constatar que en la actualidad se han creado nuevas líneas de investigación derivadas de la nueva situación global, pero que además existe una tendencia unificadora que se expresa en la recuperación de los géneros tradicionales, pero que innova en su tratamiento con renovadas propuestas metodológicas y una apertura al debate sobre tales metodologías y sobre los resultados obtenidos a partir de ellas.

Las líneas tradicionales de investigación en proceso de recontextualización

Por esta brecha, la Historiografía sigue su curso, a pesar de una comunidad de historiadores que continúa haciéndose las preguntas de siempre: ¿es verdaderamente la Historia una ciencia o cada uno puede interpretar el pasado a su manera?, ¿para qué sirve la Historia?, ¿puede la Historia decirnos algo útil para enfrentarnos al presente y al futuro? o, ¿cómo se escribe hoy la Historia? Ella sigue, porque los investigadores de la Historia Iberoamericana continúan reconociendo la importancia de poner en acción la investigación histórica, desde todas sus perspectivas y con los métodos cuantitativos y cualitativos de las ciencias sociales, manteniéndose abiertos al conocimiento de todas las posibles propuestas de investigación. Si bien algunos investigadores se acuartelan ante fenómenos como la globalización, el impresionante desarrollo científico-tecnológico o el auge de los medios masivos de comunicación, el naciente siglo XXI muestra un evidente relevo generacional y/o un surgimiento de nuevas ideas que traspasan la llamada “ronda de generaciones”. Para hacer frente a la “crisis de la historia”, los historiadores buscan nuevas propuestas metodológicas e historiográficas que permitan explicar todos los fenómenos que atañen al tiempo y al espacio.

Sin embargo, al lado de quienes viven al ritmo acelerado de los nuevos cuestionamientos, continúan la práctica empírica de la investigación grupos de historiadores que mantienen las propuestas metodológicas clásicas del siglo XX y, algunos que se enconchan en posiciones que hoy encontramos verdaderamente retrógradas. Estos últimos, felizmente muy escasos a la manera de “especies en extinción”, se consideran a sí mismos como simples técnicos y se bastan con instrumentar un cúmulo de procedimientos relativamente simples a fin de producir un conjunto de resultados tenidos como “hallazgos” ciertos y objetivos sobre el pasado. En miras a conocer cada vez más sobre el ayer, reafirman el ideal rankeano, sin preocuparse por saber desde qué filosofía o proyecto de sociedad recuperan el pasado y cuál es la función social y cognitiva de su trabajo.

Más importante es el número de los investigadores del statu quo historiográfico del siglo XX, historiadores clásicos que algunos califican de “tradicionalistas”. Y no es aventurado afirmar que para éstos, de alguna manera siguen vigentes las opciones metodológicas derivadas de las grandes corrientes historiográficas de su siglo, a saber, el historicismo, el positivismo, el materialismo histórico y la *Escuela de los Annales*. Ellos se apegan sin duda a las ventajas que, además de la experiencia adquirida, les ofrecen tales corrientes teórico-metodológicas. El historicismo, para el cual los conceptos de ley general y de realidad objetiva son inadmisibles, les ofrece como virtud el reconocimiento de todos los aportes que desde el punto de vista de la teoría y de la práctica de la Historia proporcionan otras corrientes historiográficas en su propia perspectiva y circunstancia. El positivismo esencialista les plantea la búsqueda de una verdad total, es decir, su “objetividad” y, para ello, la utilización de las fuentes como indicios de comprobación que explican los cuestionamientos y juicios que ellos hacen del

pasado. La *Escuela de los Annales* nacida con la revista *Anales de Historia Económica y Social* que en 1929 fundaron Marc Bloch y Lucien Febvre, les ofrece la perspectiva de las distintas temporalidades, la “larga duración” y la incorporación para el estudio de la totalidad de las aportaciones de las otras ciencias sociales. Basado en la dialéctica y despojado de los antiguos dogmatismos, el materialismo histórico les ofrece una perspectiva científica, es decir, crítica y objetiva, sintética y totalizadora de la realidad histórico-social. Ellos se orientan entonces en las corrientes de revaloración y reformulación teórica de los trabajos de grandes pensadores como Karl Marx, Karel Kosik, Pierre Vilar o Louis Althusser¹. Finalmente, para todos ellos, lo importante es conservar un afinado sentido crítico que les permita inquirir y leer críticamente las fuentes y descubrir e interpretar sus contenidos, para así poder construir interpretaciones multicausales de los hechos singulares y colectivos.

Independientemente de los replanteamientos a los cuales hagan frente en la actualidad las investigaciones en Historia de Iberoamérica y del hecho de aparecer cada vez con más frecuencia trabajos centrados en problemáticas del mundo contemporáneo, las grandes líneas investigativas establecidas en el siglo anterior siguen vigentes. No obstante, el panorama se ha ampliado y diversificado, sin que ello implique una aceptación de la tendencia extrema a la especialización, que a primera vista nos parece implícita a tal diversidad. Persisten pues la Micro y Macro Historia, la Historiografía, las Técnicas documentales y las Historias Económica y Demográfica, Política y de las Ideas, Social, Cultural y de Mentalidades, Oral, Regional o Local y General de país o de región. Además, estas líneas de trabajo histórico se complementan poco a poco con nuevos enfoques analíticos, temáticos y epistemológicos, innovadoras y complejas reagrupaciones y periodizaciones de problemáticas, novedosas líneas de inter y pluridisciplinariedad, globalización historiográfica, abandono de los estereotipos de la Historia nacional y, en general, todo tipo de tendencias y problemáticas caracterizadas por el énfasis en la explicación de la diversidad de fenómenos sociales enmarcados en espacios y periodizaciones diferentes. En conclusión, y siguiendo las palabras de Knight (1998), podemos decir que este ritmo es “como debe ser. La historiografía no entraña un proceso gradual, pacífico y consensual de expansión de fronteras. Como la verdadera frontera, la frontera de la historiografía es dentada, irregular y, algunas veces, violenta”.

La historiografía iberoamericana, a pesar de ser “multifacética” o fragmentada como la mayor parte de las historiografías actuales, ha rendido frutos entre otras cosas, gracias a su dedicación a la búsqueda imperativa y meticulosa de fuentes documentales de todo tipo. Pero es necesario reconocer que los historiadores latinoamericanos, además de percibir la importancia crucial de las fuentes, han asumido de manera casi obsesiva el compromiso histórico de impulsar, y en muchas ocasiones realizar ellos mismos, las tareas encaminadas a la lenta organización, rescate y apertura a la investigación de los acervos documentales². En la lucha por este objetivo, ellos han llegado hasta adquirir visos de chauvinismo parroquial cuando se trata de encontrar los recursos necesarios en capacitación de personal o financiación. Sin embargo, una vez obtenido dicho logro, ellos recobran su sentido nacional e incluso latinoamericano, en el momento de proponer espacios de difusión del saber archivístico-documental obtenido. Como resultado, es evidente el avance de archivos, bibliotecas y centros de documentación, muchos de ellos creados por y en las universidades y ligados al importante y creciente

¹ Así por ejemplo, la Cátedra Virtual de CLACSO del 2004 incluye en su programación cursos sobre *La teoría marxista hoy*, a cargo de los profesores Atilio A. Boron, Tariq Ali, Elmar Alvaer, Perry Anderson, Daniel Bensaïd, Alex Callinicos, Marilena Chauí, Terry Eagleton, Pablo González Casanova, Eduardo Grüner, Frigga Haug, Franz Hinkerlammert, Edgardo Lander, Michael Löwy, Ellen Meiksins Wood y Adolfo Sánchez Vázquez, invitados a participar desde todos los rincones del planeta.

² Que sea esta la oportunidad para rendir homenaje a la labor excepcional que el historiador Jorge Palacios Preciado adelantó en Colombia para la reorganización del Archivo General de la Nación que dirigió hasta la hora desafortunada de su fallecimiento. Así mismo, a su labor concienzuda encaminada a la creación de la Red Nacional de Archivos, la profesionalización en todo el país del personal -lograda entre otras cosas gracias a los convenios internacionales que concertó-, la dotación de acervos documentales y el apoyo a eventos y publicaciones de debate y difusión de las actividades de los archivistas.

proceso de profesionalización de los historiadores en niveles de pregrado y posgrado. La organización de los archivos se ha completado con un proceso de profesionalización del personal encargado de archivos y bibliotecas, y para ello ha sido también fundamental el apoyo de los historiadores que en muchos casos han orientado y participado en la creación de escuelas especializadas. Por otra parte, con el desarrollo de la microhistoria político-social y especialmente con los estudios culturales y de las mentalidades, se ha avanzado en la creación de acervos visuales y sonoros, que se suman hoy día - como recursos para la investigación - a la globalización de información que ha abierto el campo de la informática. En general, el resultado de estos avances ha recíprocamente conducido a los historiadores, latinoamericanos o no, a una visión y manejo más profesional de las fuentes documentales.

Esta cualificación y aceleración del proceso investigativo ha tocado por igual a todos los investigadores, independientemente de su línea de estudio y ha permitido paralelamente una profundización y especificidad en los trabajos referidos a las zonas de cobertura de ciertos acervos documentales regionales. Así, los estudios de generalización o nacionales han decaído y la Historia regional se ha convertido en una de las principales ramas o corrientes de la historiografía Iberoamericana. Ella se ha nutrido y enriquecido de las historias regionales y locales que como decíamos, han tenido un auge importante, especialmente en los últimos treinta años. Hoy, la mayoría de los latinoamericanistas son, antes que nada, historiadores de un país particular o, cada vez más, de una región o de una materia específica dentro de una región particular. Por ello, la línea de investigación que sobresale en la historiografía de Iberoamérica hoy, es la Historia regional/local, realizada en dos sentidos interrelacionados: de la periferia hacia la región o la localidad y de abajo hacia arriba, es decir más democrático o, según la fórmula de Knight, "popular/subalterno". Estos estudios surgieron como una reacción a las políticas centralizadoras defensoras de una unidad e identidad nacionales esencialistas, pero así mismo, como una respuesta frente a las Historias económicas, políticas y militares que exaltaban héroes, batallas y acontecimientos de cariz nacional, impuestos por la interpretación "oficial" del poder del Estado y de "sus" historiadores. En estas historias nacionales los períodos y acontecimientos de la evolución histórica del centro político del país se habían convertido en las líneas de evolución del país en su conjunto, negándose las diferenciaciones o el grado de participación de las características o espacios regionales y locales. Esa especie de centralismo historiográfico unificador, lineal y homogéneo condujo a la negación o interpretación superficial de los procesos experimentados desde la provincia y a la marginación de los historiadores regionales y de sus investigaciones.

Los aficionados a la "patria chica", han reconocido la utilidad y racionalidad de la Historia regional o local, prolífica en objetos de estudio y favorecida a raíz de la amplia gama de temas que brindan los archivos locales, regionales o incluso nacionales, la memoria colectiva y la tradición oral. Desafortunadamente, muchas veces estos trabajadores han emprendido sus investigaciones sin detenerse a justificar la delimitación espacial de sus estudios. Ello, porque la consideran como algo dado en razón de los avances obtenidos en los debates sobre el concepto mismo de "región" y de sus alcances, límites y restricciones. Estas polémicas académicas han conducido a una cierta precisión semiótica, pero que no tiene aún *status* teórico en sentido universal, dejando vigente el riesgo del empirismo y de la fragmentación.

El conocimiento regional logrado no ha sido solamente acumulativo. También se ha avanzado en la delimitación de marcos analíticos, metodológicos y de interpretación y en la conformación de un corpus metodológico multidisciplinario. A partir de la publicación de *Pueblo en vilo*, trabajo pionero del

maestro Luis González y González (1968)³, se iniciaron además los estudios microhistóricos que rompieron con el cerco de las interpretaciones nacionales globalizantes. La región y lo micro, surgieron como universos analíticos de un todo que al ser periodizado, permite captar más fácilmente la larga duración. Así, la periodización oficial de la historia empezó a romperse y en el decenio de los ochenta la historiografía regional se convirtió en una producción abundante para el conocimiento y análisis de las pluralidades y heterogeneidades sociales.

Dado el gran aumento de estudios locales y regionales, cosa que normalmente ocurre cuando se multiplican los estudios de caso, cualquier resumen resultaría parcial y arbitrario. En los últimos años, y quizás como corriente de respuesta a las críticas de parcialización de la Historia que el enfoque regional ha recibido, comienzan a aparecer nuevas síntesis como aquella sobre la historia agraria de México de John Tutino (1986), el análisis de la asimilación cultural y lingüística en la Nueva España de James Lockhart (1992) o el estudio de la lucha por la supervivencia que los mayas yucatecos avanzaron durante todo el período colonial, debido a Nancy Farriss (1984).

A pesar de los éxitos obtenidos y de la abundancia y alcances en la escritura de la historia de comunidades individuales, permitiendo evidenciar las características disímiles de la sociedad en casi todos los períodos de la historia, no se ha producido aún el aprovechamiento del conjunto de análisis realizados desde la Historia regional, para replantear la Historia nacional desde esta información heterogénea. Ello, en miras a vislumbrar perspectivas y ayudar a evitar estancamientos temáticos o reiteraciones analíticas. Una tal visión de síntesis podría ofrecer una reconstrucción de la periodización de los procesos históricos nacionales, considerando las temporalidades, ritmos, continuidades y discontinuidades de las diferentes estructuras identitarias. También hace falta avanzar una Historia regional comparada que, mediante un análisis territorial e histórico, establezca lo diferente y lo semejante de dichas comunidades, que particularice el conjunto de factores de expresión histórica, desde los niveles intrarregionales, macrorregionales e interregionales. Esto, sin olvidar que hay aún vacíos regionales importantes que deben tenderse a llenar, especialmente en lo que respecta a la vida cotidiana, a las redes familiares y de poder y a las mentalidades colectivas de las regiones con mayor pluralidad identitaria.

Desde luego, esta corriente de investigación histórica está también en proceso de construcción de su propia Historiografía. Los balances hasta ahora avanzados se establecen especialmente por temáticas y crean así especies de bases de datos críticas y útiles para el necesario análisis en paralelo e interacción. En este campo destacamos los trabajos de Bailey (1978), Benjamin (1985), Florescano (1992) y Martínez Assad (1990).

Por su parte, con el proceso de profesionalización de los historiadores, la Historia social, que como lo ha indicado Hobsbawm estuvo dominada por un enfoque político-institucional, ha dado el paso a trabajos escritos desde “abajo”. A partir de los años setenta, la Historia social comenzó a escribirse desde la realidad misma de las clases trabajadoras, atendiendo a cuestiones tales como formación y evolución, lugar en la sociedad, cotidianeidad, organización y mecanismos de defensa, movilidad demo-social, estructura de la familia, mercados y procesos de trabajo, etcétera. Para lograr estos acercamientos, fue necesario recurrir a nuevas técnicas y fuentes, y a la vez, al trabajo interdisciplinario que brindó nuevos conceptos y teorías. Sin embargo, en la actualidad esta mirada aún restrictiva de la sociedad ha tendido a completarse. Influenciados por la Antropología, los estudiosos de lo social motivaron el acercamiento a otros grupos sociales portadores de una identidad de orden sociocultural,

³ Ver también a propósito de la historia regional y local o “matria”: Luis GONZÁLEZ 1982), José LAMEIRAS (1993) e Ignacio del RÍO (1989).

que obligó a superar los simples análisis demográfico-económicos y acercó la Historia social a la Historia de las ideas.

En el campo de los estudios americanistas, esta visión más compleja de lo social ha tenido una gran acogida. No obstante, como lo expresara en su momento F. Dosse (1987), tales estudios sufrieron también de la dispersión interna de los trabajos históricos. A la anterior crítica se sumó otra sobre el establecimiento, como recurso de análisis, de sectores sociales “imaginarios”, presentada en 1995 por S. Cerruti. La nueva alternativa por él planteada consiste en una reconstrucción de las identidades sociales partiendo de las trayectorias individuales, para así identificar las solidaridades sociales efectivas. Tal metodología de investigación ha acercado los estudios sociales a la *Microhistoria* o “microanálisis”. Cuando la concepción micro se ha impuesto en el análisis enmarcada en el movimiento dialéctico entre estructura y coyuntura, no ha implicado el abandono de la pretensión de globalidad, porque desde esta visión lo que interesa no son tanto las estructuras, sino las dinámicas sociales que las afectan. Esta es la línea de trabajo que de alguna manera siguen investigadores como Brading (1971), Ladd (1976), Bertrand (1999), o Langue (1992; 1997).

El balance nos permite afirmar que, a pesar de los avances señalados, estamos aún lejos de cumplir con las exigencias que Womack y otros planteaban hace ya 20 años. En efecto, se requiere un uso más sistemático de la cuantificación y además hay enormes lagunas en el reconocimiento de los sectores sociales. Faltan, por ejemplo, estudios regionales en muchas zonas de Iberoamérica, análisis de caso sobre la cultura obrera, más avances en los apenas iniciados estudios sobre construcción identitaria, etcétera. Los estudios comparativos y las referencias a otras experiencias nacionales siguen siendo escasos y, lo que es más importante, a pesar de la conciencia de su necesidad no se han logrado construir explicaciones que vinculen estructuras y acontecimientos de manera convincente.

Como veremos luego, la investigación de lo social está en rápido proceso de desarrollo conceptual y de ampliación de grupos sociales y problemáticas a estudiar. Citemos por ahora, a manera de ejemplo, las temáticas de género y mujeres, la conflictividad social, la delictividad, la conformación de clases, la vida cotidiana y los movimientos identitarios. Igualmente, los problemas de relación entre identidad, territorio, nación, globalización, religiosidades y mecanismos de control, que llevan a la utilización de nociones como “hegemonía”, “dominación”, “poder”, “civilización de los sectores populares”, “aparatos ideológicos del Estado” y “control social”, entre otros.

América Latina también ha participado, aunque en menor grado, en la sofisticada Historia Económica hoy llamada “cliométrica” y en estudios regionales reveladores de patrones de desarrollo socioeconómico, líneas económicas tendenciales y acontecimientos políticos. A su lado, la Historia política hace hincapié en las élites nacionales, las narrativas políticas y militares, la evolución (o regresión) política y constitucional, el debate ideológico, las elecciones o la participación, y trata de desentrañar los problemas de “la cuestión nacional” o de la formación y consolidación de la nación. En este terreno las aportaciones teóricas más recientes y elaboradas son las de Hobsbawm, Hale (1989) y François Guerra (1985), autores que tienen una cierta homogeneidad ideológica. También se han estudiado los conflictos políticos más relevantes, pero en este campo apenas si se incorporan en el discurso las luchas de las minorías frente a la desproporcional riqueza que caracteriza sus espacios nacionales, o la falta de compromiso social y comunitario, o problemas como la intolerancia racial y religiosa, o las nuevas geopolíticas. Por otra parte, la teoría de la dependencia, que había tendido a dejarse de lado, se recupera analíticamente gracias al trabajo de Stein y Stein (1980) y a la interpretación que de ella hace Joseph (1982) en su estudio sobre Yucatán durante el Porfiriato

A pesar de la multiplicidad de estudios y de la variedad metodológica y temática representada en el cúmulo de tendencias esbozadas, las investigaciones de Iberoamérica muestran ciertas

deficiencias, que paso a paso hemos tratado de mostrar. Todas ellas producen una Historia en general muy experta y resultado de un profesionalismo riguroso, pero a veces son miopes en el sentido de trabajar con hipótesis de alcance espacial y temporal limitado, de carecer de una mayor precisión teórica y de producir un enfoque estrecho que impide comparaciones más amplias.

2.2 Las nuevas tendencias de la investigación sobre Iberoamérica

En el siglo XX la historiografía ha desarrollado su capacidad de autoanálisis. Hoy más que nunca, podemos decir que la Historia que hemos construido no es un conocimiento definitivo, último. Cada enunciado, cada explicación sobre un determinado hecho del pasado - inmediato, mediato o remoto - es relativo, no en cuanto a las posibilidades del pasado y sus fuentes, sino relativo en función del futuro mismo del historiador. Buscamos deslindarnos de una epistemología positivista ingenua, de la cual se tienen indicios para pensar que sigue vigente en nuestro medio. Hegel señaló acertadamente que el problema de la historia sólo se podía esclarecer desde la misma historia, de manera que para encontrar su solución había que remitirse a su misma historia. Por ello, a través de un discurso que intenta ser una re-presentación de lo real-acontecido y por acontecer, se busca llenar el vacío que se ha abierto, entre la experiencia limitada y efímera del presente y la experiencia posible, cuyo cumplimiento siempre está puesto en el futuro. En este sentido la historiografía iberoamericana moderna es también un testimonio de duelo debido a la separación creciente entre pasado y presente. El duelo resulta de la inexistencia de una verdadera identidad historiográfica y de la permanente "muerte" de algunas propuestas históricas. Hoy las grandes tendencias nos llevan a plantearnos varias líneas de cambios metodológicos. Hoy surge la alternativa histórica, cultural y política de ahuyentar los ambientes funcionalistas y nihilistas de finales del siglo XX.

Cada vez con más énfasis, la teoría histórica versa sobre una teoría de la modernidad. Busca describir el carácter específico y el significado del ser, del pertenecer subjetiva y socialmente al mundo moderno. Tenemos una necesidad de llenar el vacío que se abrió entre el pasado y el futuro en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX. Y es a esta necesidad que responde la especificidad del discurso histórico en la época moderna. Lo paradójico radica en que, mientras el futuro visto desde el presente es incierto y permanece abierto, el futuro visto desde el pasado es causa de una certidumbre relativa, de probabilidades. Esta relatividad se origina por un presente preñado de expectativas futuras, que se ven como posibles. Es desde el presente-futuro, desde donde se prepara el conocimiento del futuro-pasado.

Así pues, desde esta afirmación marcada por la modernidad y sin olvidar que el hoy es siempre una modernidad y que la modernidad del hoy será el pasado de mañana, queremos presentar algunas de las líneas de investigación que actualmente buscan re-escribir la Historia para llenar los vacíos dejados por los estudios del pasado reciente que, como vimos anteriormente, está también vigente.

Comencemos por señalar que en la actualidad se percibe como necesario incorporar los conocimientos geográficos para estudiar el devenir de las sociedades y avanzar un nuevo análisis de las relaciones internacionales interpretadas desde el lugar de la investigación y con sus propias herramientas metodológicas y planteamientos teóricos, trascendiendo las explicaciones del siglo XX. Se trata de "indisciplinar" a las ciencias sociales. De avanzar el estudio desde las regiones para explicar su papel en el contexto internacional y dejar de lado el localismo, entendiendo que se puede trascender la relación primaria entre hombre y suelo. Para continuar, señalemos también que hay

flexibilidad en las disciplinas necesarias para crear un área de estudio, aceptando que hay en ello el riesgo de atomización de conocimiento.

Pero además de aquello que percibimos como lo que se necesita emprender, felizmente hoy es posible comenzar el inventario de aquello que empieza a pasar, que se sitúa entre los tiempos de la simple percepción y la realidad en acción. En este orden de ideas o de nacimientos, festejamos que América Latina también haya participado en el entrecruzamiento que ha tenido lugar en las ciencias sociales para producir una riquísima fusión de la Historia y la Antropología. Esta Etnohistoria es resultado tanto de las investigaciones adelantadas por algunos historiadores, quienes han concentrado su atención en la vida interna, cultural y simbólica de pequeñas comunidades, como del paso por parte de los antropólogos, del funcionalismo estructural sincrónico a los análisis históricos diacrónicos. De esta combinación comienzan a surgir nuevos estudios como los que sobre México han escrito Paul Friedrich (1986) Daniel Nugent (1993) y Antonio García de León (1985) y además se ha abierto el debate sobre nuevos conceptos como el de “comunidad campesina corporativa cerrada”.

Otra de las importantes tendencias de innovación está representada por la Historia de las mentalidades, por principio muy relacionada con la social y caracterizada, ante todo, por su carácter de interdisciplinariedad. A nuestro juicio, esta “disciplina”, que incluye la Historia de la sensibilidad colectiva, es esencialmente histórica y no exclusivamente textualista, campo en donde la noción tiene primacía conceptual. Su propia vastedad, dado que se ocupa de la mentalidad global y sus componentes racional, emotivo, imaginario inconsciente y de conducta, busca una relativa convergencia con los objetos de estudio de las diferentes ramas de la Psicología. Entre sus temáticas – y para ver algunas sugerimos la lectura de Carmen Bernand y Serge Gruzinski (1991) - comienzan a imponerse los análisis de imágenes, vocabulario, vida cotidiana, violencia individual y colectiva, represión, justicia y derecho, conflictos y revueltas, actitudes, creencias y valores.

De hecho, si entendemos la mentalidad como la manera de pensar, de sentir, de imaginar y de actuar, nos aproximamos analíticamente a una realidad subjetiva, sin olvidar sus conexiones con la historia objetiva de la base material de la sociedad. Su reto es tratar científicamente la acción y la visión del sujeto de la Historia y, para ello, establece vínculos especiales con la Historia de la Literatura, de las Artes, de la Filosofía, de la Religión, de la Educación y de la Ciencia. La convergencia de temas, fuentes y métodos enriquece tanto la Historia general como las otras Historias con las cuales se relaciona y así, trata de oponerse a la parcialización de la Historia.

Esta corriente se ha ocupado principalmente de “los de abajo”, penetrando las mentes y los comportamientos morales de la gente común, de grupos tales como el de las mujeres, los criados, los niños, los campesinos, los vagos y los criminales, o las comunidades gay, quienes han permitido a los historiadores ir más allá de las categorías políticas, sociales y económicas tradicionalmente utilizadas para el estudio de las clases o sectores populares. Los estudios de grupos sociales en su mayoría iletrados y difíciles de acceder como los trabajados por Taylor (1979), Van Young (1990), Grossman (1992), Gruzinski (1989), Guerra (1994), Guha (1988), Guy (1989) y Mallon (1995), entre otros, han buscado las raíces profundas de lo emocional, han penetrado en la vida cotidiana, estudiando aspectos tales como el sincretismo religioso, o las formas milenarias de resistencia pacífica. Desde luego, esta historiografía no es fácil de construir, porque en ella hay que hacer hablar a los hechos creados por sus actores, pero también a los actores mismos. Ellos han ido más allá del problema político de la identidad nacional para dilucidar cuestiones como la conciencia de los grupos populares. Ellos han cambiado la visión que teníamos sobre las formas de poder actuantes en América Latina, situando los estudios de caso dentro de debates más amplios sobre las relaciones del Estado con la sociedad civil. Esta tendencia que genera cuestiones comparativas de mayor amplitud y aplica discernimientos teóricos tan diversos como el Psicoanálisis y la teoría del espacio geográfico, se beneficia particularmente de la

Historia oral, que desde luego presenta al historiador problemas especiales en el manejo de las fuentes, en el sentido de exigir particularidades al ejercicio crítico.

Otro aparte importante de la Historia de las mentalidades es el que se ocupa de los estudios de alteridad, de la o las relaciones entre el "Yo" y el "Otro", en base al concepto de la diferencia desarrollado por Derrida en su crítica de la metafísica entendida como deconstrucción del eurocentrismo (1967). Una de las particularidades de esta línea de trabajos, es que en ella no sólo se trata de "los de abajo", sino que nos enfrenta por igual a la posibilidad de analizar en términos generales el encuentro siempre crítico entre culturas diferentes y de situar elementos de la ideología en el cuadro socio-histórico en el cual se inscribe la relación entre diversos universos geográficos y culturales. Ella busca desentrañar las visiones que sobre el Otro - "descubierto" o encontrado - se construyen, tanto los sujetos mirados como quienes los observan. Estas relaciones de alteridad se producen independientemente del grupo social al cual pertenezcan sujetos sociales o individuales enfrentados entre sí. En este campo de estudio, representan un marco obligado de referencia los trabajos de Tzvetan Todorov (1989), Jean-Paul Duviols (1986), Yvan G. Paillard (1994) y Alain Ruscio (1996).

Al hablar de investigaciones sobre alteridad, encontramos justo introducir otro aspecto nuevo: el llamado a la recontextualización de las imágenes consideradas como reflejo de los sistemas de valores imperantes en cada sociedad. En el pasado, ellas eran objeto de análisis por parte de los estudiosos del arte, mientras los historiadores circunscribieron su actividad básicamente al análisis de textos y las imágenes fueron utilizadas a lo sumo como complemento o ilustración de los mismos. No obstante, esta situación ha empezado a cambiar en los últimos años. Por una parte los historiadores del arte son cada vez más conscientes de la importancia de la contextualización para entender no solamente el marco en el que fueron producidas las imágenes que estudian, sino también los canales de difusión y, algo cada vez más valorado, su apropiación por parte de los receptores. Paralelamente, una vez superado el viejo paradigma que relegaba la dimensión cultural de la experiencia humana a la simple condición de superestructura, los historiadores están experimentando un verdadero reencuentro con la imagen. Johan Huizinga (1919) ha dejado de ser una voz clamando en el desierto y Jacob Burckhardt (1860) se nos muestra cada vez más lejano en su método pero más cercano en su objetivo. Nuevos trabajos como los que adelanta para Iberoamérica Christoph Singler (2004), están abriendo el camino a una nueva concepción de las imágenes, más allá de la mirada semiológica como textos que habría que leer correctamente. Enfrascadas, esto sí, en el proceso continuo de la elaboración de códigos culturales, las imágenes contienen una gran riqueza de contenido expresado en un lenguaje extremadamente complejo que el historiador no siempre puede descifrar en solitario. Como expresión estético-cultural, ellas están cargadas del encuentro entre la historia personal del artista y los procesos históricos de construcción del imaginario colectivo (Castoriadis 1975). A partir de este punto de vista antropológico, Singler construye un diálogo que promete ser fecundo entre las letras y las artes plásticas latinoamericanas. De la misma forma que la compartimentación disciplinar supuso el abandono de las imágenes por parte de los historiadores, su recuperación está llamada a restituir un encuentro interdisciplinar. En el futuro, aquellos historiadores que deseen trascender el territorio de los textos escritos para adentrarse en la comprensión de los códigos visuales deberán fundarse en este diálogo entre estrategias y disciplinas complementarias, aunque las más de las veces contradictorias a nivel meramente disciplinar.

Para continuar, hacemos referencia a dos teorías que hoy por hoy tienden a capitalizar la mirada de los investigadores: modernización y globalización. En lo que respecta a la primera, que hemos dejado de considerar como la panacea que enmarcaría todo el conocimiento histórico, por desgracia tiende a incorporarse al mundo de la historiografía disfrazada en el discurso neoliberal y estructuralista. Es evidente que las investigaciones han superado la visión simplista y determinista que

postulaba una Latinoamérica condicionada de manera desventajosa por su sujeción a sucesivas metrópolis imperialistas, concepción analítica con la cual se creaba una dicotomía simple entre metrópoli y satélite y se describía un capitalismo casi atemporal e indiferenciado. La novedad nos llega con el concepto de posmodernidad propuesto como el instrumento útil para delimitar el fin de la modernidad organizada, por una tendencia de pensamiento del desarrollo del capitalismo tardío o posindustrial, unida al proceso de globalización. Sin embargo, para nosotros es obvio que muchos de los habitantes de las regiones menos “desarrolladas” de América Latina, viven bajo condiciones que pueden describirse más como modernidad desigual que como posmodernidad. En el mundo de hoy se organizan movimientos sociales para contrarrestar los efectos perversos del desarrollo del capitalismo neoliberal mediante el combate contra los poderes económico-financieros y que son, a nuestros ojos, las primeras señales del descubrimiento colectivo de la necesidad vital del internacionalismo o, mejor aún, de la internacionalización de formas de pensar y actuar. La proposición consiste entonces en proceder al análisis de la complejidad de la realidad económica y social como el cruce de tiempos premodernos, modernos y posmodernos de desarrollo de la región latinoamericana. Todos esos estudios y propuestas teórico-conceptuales sobre la modernidad han abierto además el camino a otros análisis sobre democratización política y economía neoliberal, en los cuales los historiadores han participado de manera restringida, dejando el espacio libre a los economistas, tecnócratas y políticos, quienes sumergidos en el inmediatez ahistórico y de corto plazo, no hacen énfasis en los ciclos recurrentes, en el papel de las estructuras de poder y en las variaciones locales. En cambio, los historiadores someterían los presupuestos de moda a la crítica histórica.

Esta reflexión sobre el papel actual de la teoría de la modernización nos conduce a hablar de la relación entre globalización e historiografía. En los últimos años del siglo XX la globalización se nos presenta como la única perspectiva científica posible, y ello está conduciendo a una reorientación de todas las ciencias sociales, y particularmente de la Historia. No obstante, algunos historiadores han señalado con acierto que no es sólo la sumisión económica la que está en juego y que contrariamente a lo que podría pensarse, al lado de las tendencias a la masificación de la cultura surgen movimientos de reivindicación de las diferencias. Igualmente, ellos señalan que es necesario recuperar el sentido de globalidad interpretativa que explique el mundo en su conjunto, porque de lo contrario, éste resulta imposible de aprehender. Estos señalamientos fueron evidentes, por ejemplo, en el coloquio franco-mexicano *Identités, Nations et globalisation*, realizado en San Luis Potosí en noviembre 2000, cuyas ponencias fueron publicadas por el Laboratorio de Etnología y Sociología Comparativa en 2003, y en el coloquio *L'Amérique latine au-delà des crises: les dynamismes cachés d'un continent. Recompositions identitaires, nouvelles articulations territoriales et institutionnelles, logiques économiques alternatives* realizado por el Gresal de Grenoble en noviembre 2004.

No podemos dejar de enunciar el lazo temático que se establece entre los estudios sobre modernidad y globalización, el debate sobre las relaciones entre desarrollo y crecimiento económico y la pregunta sobre si podemos o no aceptar la temática del “desarrollo durable”, cuando sabemos que ella sirve cada vez más de parámetro al eterno mantenimiento de un crecimiento económico simplemente matizado de reparación ecológica. Poniendo el acento sobre las dimensiones ambientales, económicas, sociales y culturales de la vida de las sociedades, la cuestión del “desarrollo durable” interpela las Ciencias Sociales y Humanas y debe, desde luego, ser examinada mediante los métodos de esas disciplinas. Ello permite reconsiderar ciertos lazos entre saberes y cultura, entre naturaleza, cultura y sociedad, entre ciencias, técnicas y sociedad, entre naturaleza, cultura, técnica e industria. En el centro del debate se sitúan entonces cuestiones tan diversas como los sistemas de producción y consumo, las dinámicas de innovación tecnológica y el contexto y puesta en acción de los usos y gestión de los recursos naturales. Pero también, las condiciones de desarrollo de las ciudades, las movi­lidades y los modos de vida, las condiciones de salud de los pueblos, los fenómenos de pobreza y desigualdad. Además, las políticas públicas, el papel de los actores públicos y privados, la

acción colectiva, las prácticas sociales y culturales y finalmente, las formas de gobierno o como empieza a decirse en la actualidad, las formas de gobernanza de la globalización.

Otra línea de investigación que se abre paso hoy es la construcción de una Historia ambiental de América Latina, que tome en consideración las propuestas político-ambientales actuales y las ponga en confluencia con las nuevas discusiones sobre la re-teorización de la Historia y las propuestas de Historia ambiental que vieron la luz cuando fueron publicados *La Historia Rural Francesa* de Marc Bloch, *Una Introducción Geográfica a la Historia* de Lucien Febvre, *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en Tiempos de Felipe II* de Fernand Braudel y la *Historia del tiempo* y *Los Campesinos del Languedoc*, de Emmanuel Le Roy Ladurie. Con sus análisis, ellos fueron pioneros en eso que hoy día se llama Historia ambiental. Los cambios del ambiente en tiempos pasados fueron así aplicados a fenómenos históricos, incorporando en el análisis, diferentes escalas temporales: coyuntura, estructura y “larga duración”. En esta línea estarían inscritos, entre otros muchos, los estudios que tomen en consideración la generalización de controversias y conflictos ligados a las oposiciones surgidas entre los utilizadores de un espacio determinado y los proyectos públicos impulsados desde el Estado y desde luego, su capacidad o incapacidad de encarnar el interés general. Se propone así estudiar la dimensión espacial y territorial de los conflictos como una unidad privilegiada del análisis de la territorialización de la acción pública, e interrogar los cuadros de interpretación y las nociones utilizadas para dar cuenta de las situaciones de conflicto de uso, de acondicionamiento, de ambiente o de luchas políticas.

A este repaso que comienza a ser un inventario de líneas investigativas un tanto desencajado y dispar, quizás como reflejo de la misma “crisis de la historia” en la cual tales líneas se inscriben y, seguramente en razón de nuestro escaso conocimiento de las temáticas implicadas, queremos también agregar las investigaciones sobre Historia de las corrientes de migración-inmigración antiguas y contemporáneas y la de los procesos de integración y desintegración del mundo latinoamericano en sí mismo y en el marco de las relaciones transnacionales y las redes de poder. Quede citado, en fin, el campo abierto para la interdisciplinariedad establecida entre Filosofía e Historia y entre Historia y Literatura. El primer campo enunciado parte del reconocimiento según el cual las dos disciplinas investigan una misma realidad pero, a pesar de este punto de partida común, cada uno de ellas enfoca la realidad desde niveles diferentes. Esto lleva a la exigencia de re-examinar en qué consiste la triple relación - de búsqueda, de descripción y de propuesta - que la Filosofía mantiene con la historia-realidad. El segundo campo es entendido como un espacio privilegiado para refutar una concepción monolítica de la cultura, las estrategias totalizadoras o de exclusión, y los modelos estéticos hegemónicos.

Para finalizar, hacemos referencia a una tendencia de investigación que podría considerarse como parte de la Historia social, pero que poco a poco ha ganado una gran autonomía. Ella tiene actualmente un marcado crecimiento y desarrollo del cual reconocemos alegrarnos profundamente, entre otras razones, porque admiramos su beligerante toma de posiciones, que muestra en la práctica que es posible ser historiador-investigador comprometido con su realidad. Hablo de los estudios de Historia de género, mujeres y masculinidades, que buscan desmitificar, historizar y visibilizar desde las perspectivas pasado-presente, de género e interdisciplinaria, el papel que han tenido los seres femeninos y masculinos en el cambio social y en la construcción de las sociedades, cuestión que para algunos tiende a particularizarse en el papel de éstos en la construcción de sociedades más democráticas, justas y equitativas. Esta Historia pretende además rescatar, desde una perspectiva comparativa, la memoria histórica de cómo se construyen y se transforman socioculturalmente las identidades, los roles y las relaciones de género en nuestras sociedades y, determinar cuál ha sido el impacto que han tenido en la condición femenina y en las relaciones de género los diversos procesos de cambio y de reforma política, socio-económica y cultural, así como el movimiento de mujeres y el

feminismo. Así mismo, estas investigaciones proponen nuevos enfoques teórico-metodológicos y fuentes de investigación para recuperar la memoria histórica, e historizan la participación de las mujeres y los hombres en la economía, la política y el ejercicio del poder y la ciudadanía. Plantean propuestas y medidas futuras para fortalecer el desarrollo de las investigaciones históricas con perspectiva de género y el ejercicio del poder y de la ciudadanía con equidad de género. Los estudios históricos sobre las mujeres y género, como por ejemplo el elaborado por Suzy Bermúdez (1992), se han constituido en una veta importante de consulta para los estudiosos e instituciones involucradas en el desarrollo de políticas públicas sobre la equidad de género, con lo cual se podrán comprender cabalmente las raíces histórico-culturales de los complejos problemas que aquejan a las sociedades iberoamericanas.

Seguramente, olvidamos otras nuevas líneas de investigación (a las ya enunciadas, habría que sumar aún las Historias inmediata, digital o poscolonial), que se van sumando todas ellas a las ya tradicionales temáticas. Estamos pues muy lejos del nacimiento de una Historia “total”, completa, o como comienza a llamársele ahora, “global”. Las líneas de investigación novedosas se suman a las más clásicas, e incluso algunas de ellas tienden a consagrarse como nuevas Historias, independientes y autónomas, tal el caso de la Historia de las mentalidades y de la Historia de género. Curiosamente, a medida que tomamos conciencia de la fragmentación de la disciplina histórica, aparecen nuevos “estancos”, bien que cada uno se reclame como el camino más próximo y apropiado al estudio que abarque la totalidad. Pero finalmente, ¿por qué nos empeñamos en el paradigma de la totalidad? ¿No será ésta una nueva manifestación de positivismo, una nueva búsqueda de la reconstitución del pasado “tal como fue”?

Conclusiones

A lo largo de las páginas antecedentes hemos tratado de señalar algunos elementos característicos de la investigación histórica de Iberoamérica hoy, relacionados con los avances, problemas y expectativas teórico-metodológicos que, planteados en el marco de la globalización y de la llamada “crisis de la historia”, pesan sobre la disciplina en sí, en tanto se define a sí misma como en proceso de construcción científica. Hemos indicado igualmente algunas particularidades que marcan el desarrollo de las muy diversas líneas de investigación existentes, sean éstas, más o menos clásicas, más o menos “modernas”, posmodernas o quizás, a los ojos de algunos, “hipermodernas”.

Entre los problemas planteados queremos enfatizar aquí el de la evidente tendencia a la especialización y fragmentación que sobresa en esa mirada de conjunto sobre la actual Historiografía latinoamericana. A nuestro modo de ver, existen por lo menos dos caminos o tendencias posibles de evolución de esta panorámica. Es posible que los enfoques más modernos, como en su momento lo hicieron los más antiguos aún vigentes, pretendan encontrar un reconocimiento disciplinar independiente, que podría llevarlos a acrecentar la fragmentación existente y a un enclaustramiento, del cual no podrían escapar con el simple enunciado de intención frente a la historia total. Pero es igualmente posible y deseable que éstos, a partir de su identificación como fragmentos disciplinares, abran las puertas a la inter y pluridisciplinariedad, buscando la convergencia y la participación en la reconstrucción paradigmática del conjunto de la disciplina y de su comunidad científica multiespacial, multilingüística y multicultural. A nuestro juicio, esta vía tiene hoy grandes posibilidades de concretarse gracias a la globalización de la información, de los encuentros de intercambio y de los debates, pero también, mediante los ejercicios de síntesis críticas de comparación en espacios de análisis definidos por regiones, problemáticas y periodizaciones, que deben emprenderse.

Consideramos que será en el desarrollo mismo del intercambio entre escuelas e ideologías en donde podrá avanzarse hacia la reconstrucción paradigmática y una re-nueva escritura de la historia adecuada a los problemas de hoy. Para adelantar en el debate necesitamos dotarnos de pluralismo, de profesionalismo, de elementos que posibiliten la reconstrucción de la relación entre fuentes e investigador, y fomentar el interés en una mayor implicación social del historiador individual y colectivo. Para establecer vínculos fructíferos será imprescindible equiparnos de tolerancia y espíritu democrático y profundizar las relaciones entre investigación y enseñanza, tomando en consideración las críticas a las instituciones formuladas por Foucault en su “arqueología del saber” (1966). Necesitamos continuar con las labores de la investigación empírica, pero sin perder de vista el objetivo de la totalidad, integrando siempre la acción del “taller histórico” a los ejercicios de reflexión disciplinar y global-mundial, para que el discurso salga de la exterioridad interpretativa, deje de ser una mirada sobre la otredad y pueda alcanzar la comprensión de sí mismo. Se exige también que la Historiografía deje de ser tan sólo un bloque de datos, para dar paso a una interpretación de los procesos sociales en donde el sujeto histórico esté siempre en movimiento, es decir, en palabras de Gadamer, requerimos ser conscientes de que seguimos avanzando en “el círculo hermenéutico”. Si se logran estas metas, la historiografía en tanto disciplina servirá como puente entre la sociedad, su pasado, su presente y su futuro.

En este sentido es preciso no sólo formar a nuestros investigadores, sino también renovar la temática, sacándola del campo tradicional y abordando las nuevas realidades culturales que concentran cada vez más el interés de las nuevas generaciones, definiendo el perfil de construcción identitaria iberoamericana. Romper la exterioridad interpretativa implica, a la vez, enfrentarse a las explicaciones más recientes de las crisis en América Latina, analizar la noción de “fin de la historia” y mostrar cómo estas concepciones han sido incluso aceptadas por los propios latinoamericanos. En la tarea de profesionalización y en el ejercicio empírico debemos incorporar profundamente la comunicación que se desarrolla en el ciberespacio, pero no sólo como una fuente bibliográfica más, sino como verdadero terreno de intercomunicación, aportando a la creación de nuevas redes y participando más activamente de las ya creadas. Ello permitiría, entre otras cosas, romper el relativo aislamiento entre historiadores latinoamericanos, permitiendo que éstos, además de comunicarse con los europeos y estadounidenses, se interesen también y de manera muy importante en sus vecinos identitarios, ayudando así a superar la actual disparidad existente en el aporte historiográfico de los distintos países de Iberoamérica.

Uno de los grandes problemas que tenemos que superar es el desconocimiento mutuo en el cual vivimos los historiadores de Iberoamérica. Los latinoamericanos necesitamos difundir una cultura científica que, lejos de separarnos, nos una y nos conduzca a la consolidación y desarrollo de la Comunidad Iberoamericana, sobre bases libres de prejuicios, tarea en la cual las culturas y las actividades académicas deben participar activamente. Paralela e interactuante con esta Comunidad, debe desarrollarse la comunidad de investigadores de Iberoamérica. Es evidente que los investigadores de Europa y Estados Unidos son verdaderos especialistas, como su pluma prolífica lo ha demostrado, en trabajos en los cuales podemos identificarlos como grandes conocedores de la Historia, la Literatura o la Filosofía. Sin embargo, pensamos que es necesario establecer vínculos de intercambio más sólidos que mediante estancias suficientemente prolongadas en América Latina, permitan a los nuevos investigadores de Estados Unidos, Europa y otras partes del mundo, lograr la familiaridad cultural necesaria para que el erudito se transforme en intelectual, se aleje de la “exterioridad interpretativa” y enriquezca sus análisis de la realidad iberoamericana.

Estos propósitos, desde luego, no pretenden cumplir el rol de cánones de moral que no tienen cabida en una concepción de pluralidad y de superación del discurso historiográfico monocorde,

limitado en sus temas y encerrado sobre sí mismo. Por ello, queremos reiterar la urgencia de conservar vigente el concepto de una historia total de la sociedad, para la disciplina en su conjunto y para los análisis de síntesis, pero no, a la manera positivista, al interior de cada trabajo investigativo. Esta visión de totalidad implica interdisciplinariedad sin renuncia a la aportación clave de la Historia en el conjunto de las ciencias sociales. La “crisis de la historia” no significa que la disciplina caiga en el inmovilismo. Creemos que los historiadores de Latinoamérica lo han entendido así y ello se demuestra en el volumen, calidad e interés intrínseco de su producción historiográfica. Complementariamente, debemos conservar y acrecentar el concepto de lo global, por encima de las viejas fronteras de la especialidad o nacionalidad. Tenemos que aferrarnos a un rigor histórico fundamentado en la globalidad plural de métodos, enfoques y compromisos, incrementando la innovación metodológica y elevando a teoría las conclusiones de nuestra labor empírica.

Para terminar, queremos enfatizar la urgente necesidad de re-construir, gracias a un profundo debate histórico, los conceptos de Iberoamérica y/o Latinoamérica con los cuales trabajamos en la actualidad. La conformación, en el marco del nuevo contexto global, de una comunidad latinoamericana o iberoamericana y de una sólida comunidad de investigadores de este espacio histórico-geográfico, requiere superar el abandono en el cual hemos colocado varios de sus territorios. Cuando hablamos de Iberoamérica, pensamos siempre en una supuesta unidad superficial que dependería del trasfondo colonial ibérico compartido, de la presencia de una iglesia católica poderosa y mayoritaria y de una tradición lingüística que definimos mal, sin llegar a ponernos de acuerdo si ella se refiere a los idiomas de raíz latina o simplemente al Castellano hoy impuesto como lengua nacional al conjunto de los españoles y que, en razón de ello, solemos llamar inapropiadamente Español. Siguiendo este tipo de análisis, Latinoamérica ha sido conceptualizada como una entidad homogénea, significando solamente las naciones actuales que han recibido la herencia ibérica como resultado de haber sido conquistadas y colonizadas por España y Portugal, enfoque que, entre otros, deja de lado el reconocimiento de la pluralidad del asentamiento poblacional: europeo, amerindio, africano, asiático y mestizo. La mayor parte de los estudios sobre América Latina descuidan reconocer la influencia de otras culturas de Europa del Norte y devalúan la fuerte herencia recibida de las culturas indígenas o amerindias y de los descendientes africanos. Así pues, terminamos por considerar como “latino” americanas, solamente las naciones actuales que han recibido la herencia ibérica como resultado de haber sido conquistadas y colonizadas por España y Portugal por un período de más de trescientos años. Por lo tanto, excluimos aquellos territorios dominados por los británicos, franceses, holandeses y norteamericanos, registro que ha llevado a algunos a pasar de la simple expresión de “Latinoamérica” a la de “Latinoamérica y El Caribe”, empleada ya por algunos investigadores que, como lo hacen Bryan y Serbin (1996), reconocen que las naciones caribeñas han sido tratadas por los académicos y los políticos, como los “sobrinos distantes”. Pero esta suma de términos tampoco resuelve a nuestro entender el asunto de necesaria oposición a la homogenización y al estereotipo. En general, seguimos hablando de un conjunto formado por Estados soberanos caracterizados por palpables diversidades políticas y a los cuales se agrega el “Estado libre asociado” de Puerto Rico. También dejamos de lado el reconocimiento de la creciente diversificación religiosa, del reconocimiento de las religiosidades indígenas, africanas y sincréticas, de la diversidad lingüística que además de los llamados “idiomas de partida”, americanos e ibéricos agrega los americanismos cuyos diccionarios formarían en conjunto uno mayor que el de la *Real Academia de la Lengua*, así como de los idiomas de posterior conformación como los nacidos en las islas, tal el Papiamentu y otros idiomas surgidos como resultado del proceso de “criollización”. Aún más, con las actuales definiciones de Iberoamérica y/o Latinoamérica, dejamos también en el olvido los territorios que hoy hacen parte de los Estados Unidos pero que fueron también objeto de conquista y colonización ibérica y la cada vez más creciente comunidad de hispanos asentados en ese país y sus procesos de re-construcción cultural, lingüística e identitaria.

Sin definir con precisión qué entendemos por Latinoamérica y/o Iberoamérica, sin una plural y más objetiva delimitación del objeto de estudio y acción de los historiadores, ¿cómo podemos avanzar entonces el debate de conjunto sobre su historiografía?, ¿cómo podemos trabajar por su unidad?, ¿cómo podemos reflexionar sobre las implicaciones de su gran variedad interna multigeográfica, pluriétnica y pluricultural? ¿cómo superar los mitos y estereotipos y cómo alcanzar el reconocimiento de las realidades y retos? Para terminar, no podemos dejar de recordar que la construcción identitaria de los habitantes de estos territorios avanza y fue quizás por ello que DeutScher (1989) encontró que el concepto común de identidad entre las sociedades latinoamericanas estaba definido por un sentimiento de soledad, la mezcla racial y la dependencia cultural. ¡Esperemos pues que Latinoamérica y los historiadores que de ella se ocupan, no se pierdan en el laberinto de su soledad!

Referencias Bibliográficas citadas

- David BAILEY, "Revisionism and the Recent Historiography of the Mexican Revolution", In: *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, núm. 1, 1978, pp. 62-79.
- Carlos BARROS, *¿Es posible una Historia Inmediata?*, II Seminario "Nuestro Patrimonio Común", organizado por Julio Pérez Serrano y la Asociación de Historia Actual, Cádiz, 22-25 de abril de 2002.
- Carlos BARROS, "El retorno de la historia", En: *Historia a debate. I. Cambio de siglo*, Santiago, 2000, pp. 153-173.
- Carlos BARROS, *Defensa e ilustración del Manifiesto historiográfico de Historia a Debate*, IV Congreso Nacional de Historia de Entre Ríos de Concepción del Uruguay, Argentina, 18 de octubre de 2001.
- Carlos BARROS, "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", En: *Medievalismo*, Madrid, nº 7, 1997, pp. 252-255.
- Thomas BENJAMIN, "The Leviathan on the Zócalo: Recent a Historiography of the Posrevolutionary Mexican State", In: *Latin American Research Review*, 20: 3, September 1985, pp. 195-217.
- Suzy BERMÚDEZ Q., *Hijas, Esposas y Amantes, Género, Clase, Etnia y Edad en la Historia de América Latina*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 1992.
- Carmen BERNAND et Serge GRUZINSKI, *Histoire du Nouveau Monde. De la découverte à la conquête*, Paris, Fayard, 1991.
- Carmen BERNAND et Serge GRUZINSKI, *Histoire du Nouveau Monde. Les métissages*, Paris, Fayard, 1991.
- Michel BERTRAND, *Grandeur et misères de l'office, les officiers de finances de Nouvelle-Espagne, XVII^e-XVIII^e siècles*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1999.
- D. BRADING, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Londres, Cambridge University Press, 1971.
- Fernand BRAUDEL, "¿Existe una América Latina?", En: *La Jornada Semanal*, suplemento del diario *La Jornada*, nº 72, octubre de 1991.
- Anthony T. BRYAN and Andres SERBIN, Edits., *Distant Cousins: The Caribbean-Latin American relationships*, Coral Gables, Fla., North-South Center Press, c1996.
- Jacob BURCKHARDT, *La civilisation de la Renaissance en Italie*, Paris, Plon, 1966.
- Cornelius CASTORIADIS, *L'institution imaginaire de la société*, Paris, Seuil, 1975.
- S. CERRUTI, "La construcción des catégories sociales", En: *Passés recomposés, Champs et chantiers de l'histoire*, Paris, Editons Autrement, 1995, pp. 224-235.

- Danièle DEHOUE et Raymond JAMOUS, compilateurs, *Identités, nations, globalisation*, Mayenne, Imprimerie de la Manutention, 2003.
- Jacques DERRIDA, *L'Écriture et la différence*. Paris, Éditions du Seuil, 1967.
- Eckhard DEUTSCHER, "La búsqueda de la identidad en latinoamérica como problema pedagógico", En: *Revista Mexicana de Sociología*, 51, México, 3 julio 1989.
- François DOSSE, *L'histoire en miette, des Annales à la Nouvelle Histoire*, Paris, La Découverte, 1987.
- Jean-Paul DUVIOLS, *L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville*, Jouve, Éditions Promodis, 1986, 489p.
- Nancy Marguerite FARRISS, *La sociedad Maya bajo el dominio colonial, la empresa colectiva de la supervivencia*, Madrid, Alianza, 1992.
- Enrique FLORESCANO, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1992.
- Michel FOUCAULT, *Les mots et les choses: Une archéologie des sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1966.
- Paul FRIEDRICH, *The Princess of Naranja: an Essay in Anthrohistorical Method*, Austin, University of Texas Press, 1986.
- Francis FUKUYAMA, *La fin de l'histoire et le dernier homme*, Paris, Editions Flammarion, 1992.
- Antonio GARCÍA DE LEÓN, *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la Provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, 1a ed., México, D.F., Ediciones Era, 1985.
- Luis GONZÁLEZ, *Nueva invitación a la microhistoria*, México, FCE, septiembre 1982, Colección Sepochentas, 11.
- Luis GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968.
- R. GROSSMAN, "Patria y libertad: Sandino and the development of peasant nationalism in northern Nicaragua", ponencia presentada en el XVII Congreso Internacional de la *Latin American Studies Association*, Los Ángeles, septiembre 1992.
- Serge GRUZINSKI, *Man-Gods in the Mexican Highlands: Indian power and colonial society, 1520-1800*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1989.
- François-Xavier GUERRA, "The Spanish-American tradition of representation and its European roots", In: *Journal of Latin American Studies*, 26: 1, Febrero de 1994, pp. 1-17.
- François-Xavier GUERRA, *Le Mexique de l'ancien régime à la révolution*, Paris, L'Harmattan, Publications de la Sorbonne, c1985.
- Ranjit GUHA y Gayatri Chakravorty SPIVAK, *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.
- D. J. GUY, *Sex and Danger in Buenos Aires: Prostitution, Family and Nation in Argentina*, Lincoln, NE, 1989.
- C. A. HALE, *The Transformation of Liberalism in Nineteenth-Century Mexico*, Princeton, 1989.
- John Mason HART, *Revolutionary Mexico: the coming and process of the Mexican Revolution*, Berkeley, University of California Press, c1987.
- Eric John HOBBSBAWM, *Les enjeux du XXI^e siècle*, Bruxelles, Éd. Complexe, 2000.
- Johan HUIZINGA, *Otoño de la Edad Media: estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- Samuel P. HUNTINGTON, *Le choc des civilisations*, Paris, O. Jacob, 1997.
- JOSEPH Gilbert Michael, *Revolution from Without: Yucatan, Mexico and the United States, 1880-1924*, Cambridge, Cambridgeshire: New York, Cambridge University Press, 1982.
- Alan KNIGHT, "Latinoamérica: un balance historiográfico", En: *Historia y Grafía*, n° 10, 1998, pp. 165-207.
- Alan KNIGHT, *The Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridgeshire: New York, Cambridge University Press, 1986.

- D. LADD, *The Mexican Nobility at Independence, 1780-1826*, Austin, Institute of Latin American Studies, 1976.
- José LAMEIRAS, "El ritmo de la historia y la región", En: *Secuencia*, México, D.F., n°. 25, enero-abril 1993, pp. 111-122.
- Frédérique LANGUE, "Las élites en América colonial (siglos XVI-XIX). Recopilación bibliográfica", *Anuario de Estudios Americanos*, LIV-1, enero-junio 1997, pp. 199-228.
- Frédérique LANGUE, "Las élites en la América española, actitudes y mentalidades", En: *Boletín Americanista*, n° 42-43, 1992-93, pp. 123-139.
- James LOCKHART, *The Nahuas, after the conquest*, Stanford, Calif., Stanford university press, cop. 1992.
- Florencia E. MALLON, *Peasant and Nation: The making of postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, c1995.
- Carlos MARTÍNEZ ASSAD, coordinador, *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, CIIH-UNAM, M. Porrúa, 1990.
- Daniel NUGENT, *Spent Cartridges of Revolution: An anthropological history of Namiquipa, Chihuahua*, Chicago, University of Chicago Press, 1993.
- Yvan G. PAILLARD, *Expansion occidentale et dépendance mondiale*, Paris, Armand Colin Éditeur, 1994, 341p.
- Ignacio del RÍO, "De la pertinencia del enfoque regional en la investigación histórica sobre México", En: *Históricas*, México, D.F., n°. 27, diciembre de 1989, pp. 37-48.
- Alain RUSCIO, *Le credo de l'homme blanc*, préface d'Albert Memmi, Bruxelles, Éditions Complexe, 1996, 409p.
- Christoph SINGLER, *Fiction et Image en Amérique latine. Esthétique et imaginaire social à l'époque des avant-gardes*, Travail en vue de l'habilitation à diriger des recherches, Toulouse, 2004.
- B.H. STEIN and STEIN, "D.C.M. Platt: the anatomy of 'autonomy'", In: *Latin American Research Review*, 1980, 15: 1, pp. 131-146.
- W. TAYLOR, *Drinking, Homicide and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford, 1979.
- Tzvetan TODOROV, *La conquista de América: el problema del otro*, México, Siglo Veintiuno, 1989.
- John TUTINO, *From insurrection to Revolution in Mexico, social bases of agrarian violence 1750-1940*, Princeton, N.J., Princeton Univ. Press, cop. 1986.
- E. VAN YOUNG, "To see someone not seeing: historical studies of peasants and politics in Mexico", In: *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 1990, 6: 1, pp. 133-169.
- John WOMACK, *Emiliano Zapata et la révolution mexicaine*, traduit de l'américain par Frédéric Illouz, Paris, F. Maspero, 1976.